



EL ECO DE CARTAGENA

ANO XXXVII DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA NÚM 11025

PRECIOS DE SUSCRIPCION
En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1° y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24
SÁBADO 6 DE AGOSTO DE 1908

CONDICIONES
El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

A LOS TOROS

El día no puede ser más clásico. Mucho sol, ningún aire, una atmósfera enrarecida, asfixiante, que hace pensar en los sufrimientos que pasaran en el tendido de sol los aficionados en *ragé*, y una enormidad de gente en las calles, que afluye á la feria y concurre á los baños para darse un chapuzón y toma por asalto los cafés, buscando una mesa desocupada donde tomar una horchata que sirva de pretexto para descansar un rato.

La animación cunde; la calle Mayor rebosa de gente; por todas partes se ven forasteros; parece que la provincia toda está replegada intramuros, atraída por esta inimitable fiesta que ha merecido del extranjero generales censuras, sin perjuicio de que ingleses, franceses, alemanes y demás europeos prodiguen sus aplausos al torero que juega gallardamente con él toro.

El tren murciano ha traído desde anoche tremenda multitud. El de La Unión no le va en zaga; cada hora la máquina del tren aparece rugiendo y arrastrando hacia el andén de la estación una nueva ola humana que penetra en la ciudad alborotada y satisfecha.

¿Dónde hay fiesta tan sugestiva como esta de los toros? ¿Dónde hay espectáculo que atraiga público tan entusiasta y numeroso? ¿El juego de pelota? Es un pretexto para jugar algunas monedas. ¿Las carreras de caballos? Juego también y juego de azar. ¿El gran premio de París? ¡Bah! quítesele á esa fiesta las apuestas mutuas y los miles de francos que se disputan los ginetes y quedará un espectáculo sin aliciente que no divertirá ni á los chiquillos.

¡Los toros! Nada se juega en esa diversión favorita de los españoles. El único que gana es el torero;

pero en cambio expone la vida. Los espectadores nada arriesgan y nada ganan como no sea algún susto, si por desgracia es enganchado el diestro por el toro. Cuando ese caso llega, el público que los extraños molejan de cruel, porque contempla gozoso el sangriento espectáculo, prorrumpe en un grito de lástima, de espanto, y siente helársele la sangre en las venas como si la desgarradura que el cuerno hizo en el cuerpo del torero releyera el dolor en su propia carne.

¡Espectáculo bárbaro la lidia de toros! Aun siéndolo tiene una grandeza que subyuga, que atrae; en ese espectáculo se recrea la vista y goza el espíritu. Y cuando, enredándolo en la punta del capote, el hombre burla al toro y lo humilla dejándolo en el centro de la plaza rendido é impotente, no hay manos que no se junten para aplaudir, cualquiera que sea su nacionalidad.

¡Á los toros! ¡Á los toros! Á olvidar durante un momento desventuras inmerecidas. ¡Á olvidar! No, á recordar los esplendores de un raza que, sin dejar de ser valiente, temeraria y heroica, lucha en vano contra el fatal destino.

LA PAZ

(FRAGMENTOS)

Cantores, arpas, musas,
tiernísimos poetas
que arrobáis al arte
su espléndido laurel;
su música al torrente,
su vista á los profetas,
al mar embravecido
las cántigas secretas,
al lirio y á las cañas
las tintas y la miel;
Alzad de tantas glorias
el himno verdadero;
empiecen vuestros pechos
con ímpetu á latir;
hereden ya las lirras

los triunfos del acero,
y vuestro canto insigne
pregone al mundo entero
las dichas de la madre
que vuelve á sonreír.

La madre, que es el árbol,
el nido, la montaña,
la fuente, el sureo, el alre,
el agua y el hogar;
la madre, que es el templo,
la ermita y la cabaña;
la madre, que es la cuna;
la madre, que es España;
la madre, que es la Patria
cansada de llorar.

Cantad la bienandanza
de los futuros días,
la paz de las conciencias,
la paz del corazón;
los puentes extendidos
en las abiertas vías,
la espiga sin la siega,
la senda sin espías,
sin miedo los hogares,
sin humo en el cañón.

La red de los alambres
que al rayo se asemeja,
tendida en los espacios
de trecho en trecho igual;
que atrás al pensamiento
con ímpetu se deja
ni bárbara asechanza
ni mano criminal;

El cántico en los valles,
el júbilo en los puertos;
el sol que vuelve espléndido,
magnífico á lucir;
y en los floridos campos,
á la abundancia abiertos,
el cuervo que medroso
se aleja de los muertos;
de la paloma blanca
las alas al sentir.

Los muertos, para ellos
la palma conquistada!
el cielo que los mártires
lograron merecer,
la lágrima más dulce,
la tumba más sagrada,
y para los que tornan
después de la jornada,
¡los brazos de las madres
que encuentran al volver!

A. F. Grito.

A nuestros huéspedes

Los habitantes de la provincia, los

que cada año nos hacen la visita obligada, buscando las frescas brisas de nuestro puerto, la serenidad de nuestras noches y la alegría de nuestras fiestas, están ya con nosotros. Nos han cogido de sorpresa porque no esperábamos que vinieran. No les brindamos con fiestas más ó menos alegres; pero, haciendo caso omiso de ese detalle y ecúano para probarnos que solo el placer de pasar en esta ciudad algunas horas es lo que les impulsa a venir, han venido en igual ó mayor número que los años pasados.

Cartagena les agradece el recuerdo. No tiene nada que ofrecerles porque la alegría tradicional de esta tierra huyó fustigada por el férreo látigo de la adversidad. Apenas si le quedan energías para dominar su desconsuelo, componer su semblante y ocultar bajo una sonrisa que tiene mucho de forzada la pena que le ahoga.

Ni hay feria, porque no merece ese nombre lo que se exhibe en el muelle, ni hay festejos, que serían ridículos dadas las circunstancias por que atraviesa la nación. Pero hay buena voluntad y cariño grande y gratitud sincera sin falsías ni dobleces, y eso ofrece Cartagena á sus huéspedes de este año.

Pasará el tiempo y se restañarán las heridas de la patria; las naves que navegan hacia Cuba para embarcar á los capitulados estarán de regreso; los marinos de la escuadra del general Cervera se verán libres de su cautiverio y serán reintegrados á España, y los prisioneros de la isla de Luzón dejarán de sentir el oruento martirio á que los tienen sometidos los tagalos; con ellos volverá la paz á muchos hogares cartageneros que hoy están de luto y la satisfacción y la alegría volverán á tomar carta de naturaleza en este rincón de la patria española donde habitan tantos padres sin ventura, tantas esposas infelices y tantos niños desamparados.

Bien venidos sean los forasteros á nuestra ciudad querida Cartagena les desea una estancia feliz entre sus muros y empeña su palabra de devolver en la primera ocasión que se presente la visita que recibe hoy.

GLORIAS NACIONALES

Sitio de Gaeta.
6 de Agosto de 1904.

Rendidos los fuertes Nuevo y del Oro, cuya posesión hizo á los españoles completamente dueños de la capital del reino de Nápoles, Gonzalo de Córdoba puso sitio á Gaeta, plaza fuerte donde se habían refugiado gran parte de las maltrechas huestes francesas que concurren á la para ellas desdichada jornada de Corignola.

Gaeta se hallaba defendida por los atrincheramientos y fuertes desmontos de Orlando, y por la fuerte y elevada muralla que circundaba los arrabales de la plaza. Su guarnición se componía de unos diez mil hombres, mandados por Ivo de Alegre, que se hallaba bien pertrechada de viveros y municiones.

La defensa que los franceses hicieron fué tenacísima y heroica. Durante bastantes días, desde lo alto de las murallas y reductos de los arrabales, lo mismo que desde las trincheras y fuertes del monte Orlando, los franceses se batieron bravamente con los españoles, no menos tenaces y arrojados en las acometidas que aquéllos en la defensa, dando lugar al comportamiento de unos y otros á verdaderos actos de heroísmo realizados por ambas partes con gran desprecio de la vida.

Tan pronto los españoles consiguieron quebrantar las defensas enemigas, particularmente las del monte, Gonzalo de Córdoba dispuso el asalto, el cual, no obstante las tres horas que franceses y españoles dejaron transcurrir sin dar un momento de descanso á las armas, fué rechazado, hecho que se repitió al siguiente día, por haber lanzado el Gran Capitán nuevamente sus tropas al asalto.

El día 6 de Agosto, cuando los sitiadores se dedicaban á quebrantar las fortificaciones más de lo que estaban, para intentar un tercer asalto, presentose una fuerte escuadra enemiga, con 1000 hombres de desembarco á las órdenes del marqués de Saluzzo, y como entonces los franceses aventajaban bastante á los españoles en el número de combatientes, además del apoyo que podía prestarles la armada en el combate que se trabase, Gonzalo de Córdoba creyó

la mejor moza que he visto en toda mi vida: nunca hubiera creído que hubiese gitanas tan blancas y tan rubias.

Y al herrador y sus contertulios se quedaron charlando sobre aquello.

IX

En tanto Bizarro, contento porque había llegado á Taracena antes que la princesa de los Ursinos, se acercaba á los guardias de corps, que estaban infinitamente más fastidiados que una hora antes, á la puerta del meson, llevando del brazo á Cinta, que iba muy pálida, que dejaba ver en su semblante la expresión del sufrimiento de un dolor agudo, y á Azucena pegada á su izquierda.

—Entremos, entremos al momento, dijo Cinta: yo creo que ha llegado la hora, José; se me empañan los ojos, y apenas puedo tenerme en pie.

Bizarro palideció densamente, y miró con un amor y un cuidado infinito á su mujer, la cogió por la cintura y se dirigió rápidamente á la puerta del meson.

X

De repente se sintió asido bruscamente por la ca-

pa, y se volvió colérico á mirar quién le detenía.

Vió á un joven insolente guardia de corps que le miraba con desprecio.

Bizarro palideció mortalmente.

—¿Desde cuándo acá, miserable, dijo el guardia con una altanería imponderablemente agresiva, se atreve un canalla como tú á pasar junto á los guardias nobles de su majestad sin saludar humildemente y pedir licencia para entrar?

—Mi mujer se está muriendo, dijo Bizarro quitándose violentamente el sombrero y con la voz trémula: perdonad, señor hidalgo; me he distraído.

Pero la voz, la mirada, el gesto de José el Bizarro, temblaban, mordían, amenazaban.

El guardia se irritó, y lleno de soberbia por su posición, descargó una terrible bofetada sobre el rostro del gitano.

Este lanzó un rugido: Cinta y Azucena un grito de espanto, porque proveían lo que iba á suceder, lo que sucedió.

Pero instantáneamente, sin que mediase el mas leve intervalo de tiempo entre la provocación y el castigo, el guardia cayó en tierra como herido por una explosión

Delante, como batidores, corrían dos guardias de corps, ni mas ni menos que si se hubiera tratado de un infante de España.

Detrás, y espada en mano, corrían seis guardias y su jefe: á la portezuela derecha iba un correo de la casa real: en la ancha delantera un tronquista y dos lacayos.

A la izquierda del tiro, sobre un caballo, llevando otro de la mano, un palafrenero guiando.

Todo esto corría con estruendo, de armas, con estallidos de fusta, con rechinar de ejes y ruedas.

El coche, cuyo interior estaba forrado de raso blanco rehenchido, con botones y galonera de oro, iba ocupado á la derecha por una dama hermosa, aunque no ya en su primera juventud, de fisonomía inteligente y de expresión melancólica, blanca y con unos hermosos cabellos castaños, sin polvos, que caían en desorden rizados en anchos bucles por bajo de un pequeño sombrero de terciopelo color de amaranillo.

El traje de esta dama no se veía mas que en la parte inferior, cubierto por un ancho sobretodo de terciopelo del mismo color que el sombrero, forrado de pieles de armiño, y en el que se rebujaba la dama, porque las noches empezaban á ser frescas.